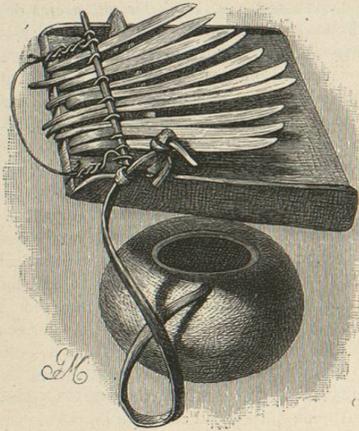


gún Hildebrandt, los dos tonos en octava, como los cuernos de nuestros pastores. En la costa occidental y en el Sudán, estos cuernos son de marfil y en el territorio del Nilo se usan cuernos en forma de caramillos con una vejiga en el extremo posterior.

Si se examinan todos los instrumentos músicos de que disponen los negros, se persuade uno de que éstos son más aficionados á la música que ningún otro pueblo natural. Recuérdese una observación que hace Livingstone hablando de las pasiones de sus amigos negros: «Algunos rasguean un instrumento durante todo el día y si por la noche se despiertan, prosiguen su tarea musical.» Ningún pueblo natural tiene la diversidad de instrumentos que ellos poseen. Los negros civilizados de la América del Norte se distinguen á



Un instrumento musical (simba), de los cafres. (Museo etnográfico, Berlín)

menudo por su talento musical y Buchner habla con entusiasmo del arte con que los cornetas negros de Angola tocan difíciles piezas.

La vida de familia, á la que todo hombre se entrega con la mayor sencillez, podría también espléndidamente facilitarnos los mejores datos acerca de las dotes espirituales de los negros, pues en éstos apenas se dejan sentir las diferencias de cultura y de condiciones generales de vida. En ellos puede suponerse una comunidad del suelo primitivo de donde derivan las distintas formas vitales de los pueblos, puesto que en todos los miembros de la humanidad, y por ende en este pueblo, existe cierta suma de inclinaciones naturales que son consideradas como buenas y denominadas virtudes. La apariencia exterior que la civilización engendra no puede engañarnos en la raza que nos ocupa. El misionero Buttner dice, hablando de los hereros: «Aun cuando éstos, como los demás pueblos del país de los damaras, no poseen casi nada de lo que suele llamarse cultura, sus relaciones sociales no son tan desordenadas como algunos europeos imaginan la vida de los salvajes y como se inclina á creer el europeo, apenas llegado á aquel país, cuando ve todos los individuos del pueblo casi desnudos, vestidos únicamente con algunas pieles, untados con manteca y ocre y llevando una vida en extremo miserable. Un examen más detenido nos permite ver un estado, en cierto modo primitivo, de la humanidad, encontrando en ese pueblo circunstancias, situaciones y relaciones, parecidas á las que nos describen las primitivas historias del Antiguo Testamento, y

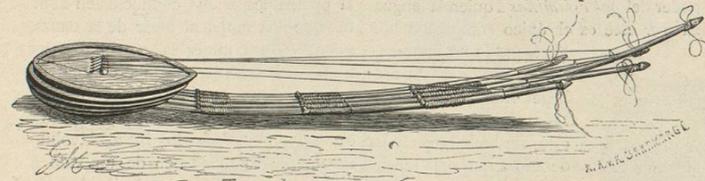
Homero.» Como este tiempo primitivo no ha refinado algunas nociones y sentimientos morales en el grado que entre nosotros lo ha realizado el Cristianismo en primer término, no podemos atribuir á este pueblo, separado de nosotros por un abismo más hondo que el que abren los miles de años entre la antigüedad y los actuales tiempos, los desenvolvimientos más superiores de aquellos gérmenes que anidan en todo corazón humano.

El más natural de todos los sentimientos es el amor maternal, y acerca de la intensidad que éste reviste entre las negras se ha dicho tanto que no nos detendríamos en ello, si algunos críticos, poco escrupulosos, no se lo hubiesen negado á las madres negras. Speke refiere que las madres indígenas de Kasendsche venden tranquilamente á sus hijos como esclavos á los extranjeros por un par de pedazos de tela, y deduce de ello que «las madres de esos pueblos salvajes tienen mucho menos amor maternal que algunas fieras.» Livingstone afirma, por otro lado, que él nunca presenció tal cosa y que los numerosos árabes tratantes de esclavos, con quienes estaba en relaciones, recordaban que únicamente les eran ofrecidos los hijos *moikos* ó infelices, cuyos dientes superiores salían antes que los inferiores; pues acerca de estos hijos creían sus padres que llevaban la muerte y la desgracia á sus hogares, por lo cual las más de las veces los mataban á poco de haber nacido. Para los etnógrafos que proceden por medio de comparaciones, no ofrece duda alguna el hecho de que la filogenitura en ningún pueblo natural reviste las proporciones que entre los negros. El infanticidio es entre éstos mucho más raro que entre los melanesios y los polinesios. Una numerosa prole es saludada con regocijo entre muchas tribus negras (Felkin dice que el promedio entre los madis es de cuatro hijos), y en esto se parecen á nosotros más de lo que generalmente se cree. «Como todas las criaturas humanas, alégranse también del feliz nacimiento de un hijo,» dice el misionero Dannert hablando de los ovahereros, siendo este humanitarismo la regla general. Sucede con mucha frecuencia que los niños hechos prisioneros son vendidos, pero nunca por sus propias madres. También con frecuencia obliga el hambre á los padres á deshacerse de sus hijos para procurarse alimentos para sí y para procurárselos á éstos, pero son casos excepcionales que se presentan aun en los pueblos civilizados. En el mercado de esclavos de Kasendsche, en Tanganica, en donde estuvo tres veces Livingstone, encontré constantemente con árabes que habían acudido allí para comprar esclavos: nadie, empero, ofrecía como á tales á sus allegados, sino que casi todos eran prisioneros de guerra, hombres secuestrados ó condenados á la esclavitud por algún motivo de derecho bárbaro, y á menudo por el capricho de un caudillo.

A la recién parida se la aísla en todas partes, no pudiendo, por regla general, el hombre penetrar en su cabaña: á ella y á la choza en que habita se las mira con cierto miedo durante la primera semana ó hasta que se ha roto el cordón umbilical de la criatura. Entre los ovahereros se hace, en este período, con la partera la consagración de la leche por medio de manjares que sólo corresponden al caudillo: éste guarda el cordón umbilical en el saco de pieles, donde encierra todo lo sagrado y que está colgado en la casa santa. Por regla general, este cordón es enterrado en algún lugar próximo á la cabaña. El nacimiento de dos gemelos generalmente es considerado como signo de buena suerte. Entre los pueblos pacíficos, los dos sexos son casi igualmente respetados, pero se desea que el primogénito sea varón: en cambio, entre los pueblos pastoriles es más apreciada la hembra por la cuestión de la donación que le hace el novio

cuando se casa. El período de la lactancia dura por término medio dos años. Por lo general, á los niños se les cuida bien, tanto que Schweinfurth hace una encantadora descripción del modo como son tratados los niños entre los pueblos del alto territorio del Nilo, demostrando, además, que la edad no hace que tales cuidados disminuyan. Refiere también que á los mamones se les coloca con muchas precauciones en largas cestas que hacen las veces de cunas, cosa que no verifican los pueblos negros paganos. Entre ellos no sólo se ve á los niños atendidos con aquel cariño, que no manifiesta en menos grado el animal que el hombre («me refiero no sólo á aquel cariño que en las profundas capas del estado natural del hombre hasta una edad avanzada forma un lazo espiritual entre la madre y el hijo,

lazo del cual permanece casi completamente desligado el padre») sino que entre los djurs se honra también á la ancianidad, encontrándose en las pequeñas aldeas gran número de ancianos. Dicho sea de paso que la falta de cabezas canas en otros pueblos negros no demuestra que por causas malas deje de haber entre ellos hombres viejos, sino que es una consecuencia de la poca tendencia que, por lo general, tienen los cabellos de los negros á encanecer. Es probable que las personas muy ancianas y achacosas sean abandonadas por las tribus negras nómadas, cuando constituyen una carga para sus familias; de suerte que puede muy bien acontecer que entre los negros ocurran casos análogos á los que, hablando de los bosquimanos hemos relatado; pero estos hechos no constituyen una costumbre ge-



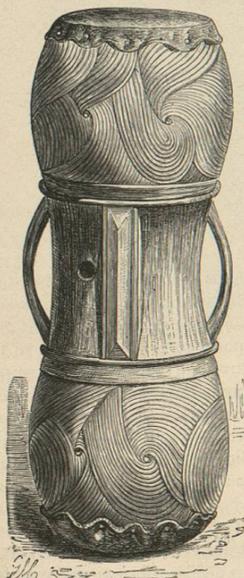
Una guitarra del Africa occidental, hecha con cuerdas de fibras vegetales. (Christy Collection, en Londres), 1/10 del verdadero tamaño

neral, antes bien son consecuencia de rudezas individuales y muchas veces de falsas y calumniosas aserciones. Una de las cosas que inducen á sospechar esto último es que precisamente esta crueldad se ha achacado también á las tan calumniadas tribus del territorio del Nilo, á las que sus mortales enemigos, los nubios, no se cansan de atribuir actos reprobados. A Lepsius le contaron en Meroe que la costumbre de enterrar vivos á los viejos existía también entre las tribus negras del Sud de Kordofán, en donde se condenaba á igual muerte á los mismos enfermos y achacosos, especialmente á los que padecían de una enfermedad contagiosa. La familia denunciaba al enfermo y nadie quería acercarse ya á él, de suerte que éste se encontraba en el estado más deplorable y consideraba como una suerte el dejar de existir, pues en el otro mundo encontraría de nuevo á sus parientes y estaría sano y alegre. Se le encargaba que saludara á todos los muertos y luego se le enterraba en un pozo tendido ó de pie, entregándole, además de merisa, pan, una azada y una pipa, una espada y un par de sandalias, pues los difuntos vivían en el otro mundo una existencia igual á la de la tierra, bien que con mayores alegrías. Según otras narraciones, se depositaba además un óbolo de dos onzas de oro para el balsero que conduce á los muertos al través del gran río que separa al cielo del infierno. Estas narraciones que, por lo demás, llevan en su exterior, es decir en su ropaje, el sello de la inventiva, sólo pudieron ser creídas en una época en que se tenía conocimiento escaso del asunto. En contra de ellas, existe un hecho que, tal como con sencillas palabras nos lo describe Schweinfurth, viene á destruirlas por completo. Este autor refiere lo siguiente, hablando de los dincas, es decir de un pueblo sumamente afín de aquellos negros de quienes oyó Lepsius contar aquellas historias bárbaras: «En la primavera de 1871, presencié lo siguiente. Entonces vivía yo en el seriba de Kutschuk Ali, en Djur, en el pueblo de este mismo nombre. Uno de los faquines dincas que había traído del Meschra mis provisiones llegadas de Cartum, no podía proseguir desde allí su camino para llegar á su patria, el territorio del Chatta, pues atacado del mal conocido por gusano de Guinea, sus

pies hinchados no le permitían dar un paso más. Quedóse, en su consecuencia, allí muchos días: reinaba entonces en el país el hambre y de cuando en cuando dábale yo un puñado de durra, algunos huesos y otros restos de nuestras comidas. Víctima de la necesidad, iba de esta suerte viviendo: se encontraba en territorio seguro y no tenía más que armarse de paciencia para poder regresar al lado de su familia. A pesar de esto, no tuvo que esperar mucho tiempo, pues su propio padre, hombre anciano, se presentó allí para llevárselo, no en un carro ni montado en un asno, sino para cargarlo sobre sus espaldas y llevar de esta suerte á aquel mozo que tenía 6 pies de alto durante un trecho de 15 á 16 horas. Este suceso no fué considerado como una cosa inaudita, sino que los demás indígenas lo tuvieron por muy natural.» Desde la parte opuesta de África, oímos hablar de los ovahereros al misionero Buttner, el cual refiere que un niño recibió el nombre de «No los olvidaremos», siendo esta denominación expresamente motivada por el hecho de que ella había de recordar á los padres á algunos parientes que habían fallecido cuando el nacimiento de aquél. Concuerdando con lo referido por Schweinfurth la experiencia que constantemente consignan los que viajan en caravanas, á saber que entre los negros, como entre los árabes, se respeta de tal suerte la edad, que formar una caravana sin algunas barbas canas se considera como un imposible: concuerda también con ello lo que oímos en el Sud de África, respecto de que en todas partes en donde los cafres encuentran trabajo remunerado en alguna gran empresa industrial, como en las minas de cobre de Ukiep, en las de diamantes, etc., han de ser arrojadas á viva fuerza las familias de los mismos que no trabajan, que les estorban y les esquilman. En efecto, comparado con otros pueblos naturales, el negro ofrece un cuadro, no de un sentimiento débil, sino muy desarrollado de familia.

Conforme á las leyes naturales, se comprenderá que la madre es la que más influencia ejerce sobre los hijos. El hecho de que desde los zulús hasta los wagandas las madres sean los más influyentes consejeros en las cortes de los soberanos crueles, como Tschaka ó Mtesa, no es más que un

reflejo del amor que en otro tiempo unió á aquéllas con sus hijos. Algunas veces las hermanas ocupan sus puestos. Los lazos de la sangre son, pues, los más fuertes aun en aquellos soberanos que poseen centenares de mujeres. Menos estrechamente unido con la familia está el padre: cierto que es el jefe de ésta, que como á tal se le reconoce y que no falta quien sostenga que el negro es, por regla general, amante de los niños y por ende un buen padre; pero domina más en ellos por la fuerza que por el amor. Hubbe Schleiden cita entre las instituciones que, como buen conocedor del derecho romano, encontró entre los Mpongwes parecidas á las de éste, su existencia doméstica y familiar: «Entre ellos, encontramos la noción de la *patria potestas* establecida con la misma amplitud y severidad, aunque no de un modo tan abstracto. Mujeres, niños y siervos (*homines alieni juris*) están bajo el poder del *pater familias* á quien la lengua mpongwe denomina *oga*: este es el único completamente

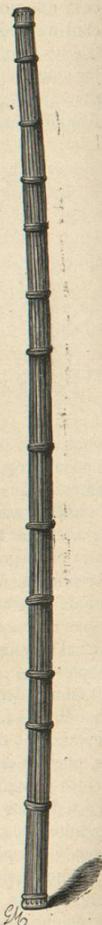


Un tambor de los ambuellas, según Serpa Pinto

libre, grado de independencia á que no puede llegar nunca, aun entre los mpongwes, la mujer: esto, sin embargo, no es debido á que se la tenga en menos, sino únicamente á la recta apreciación de las relaciones.» Que la mujer, á pesar de las duras cargas que sobre ella pesan, no es menospreciada entre los negros, demuestranlo las muchas reinas negras, las hechiceras y la participación que entre algunos pueblos negros se concede á las mujeres en las asambleas populares. El matrimonio reviste principalmente el carácter de compra, carácter que aparece por encima de todos los demás en aquellas tribus que gracias á la posesión de rebaños, logran juntar un capital. Pero esta costumbre de comprar la novia la encontramos también en las tribus agrícolas. Así por ejemplo, en Akem la riqueza de un hombre se cuenta por el número de sus mujeres. El pretendiente, en vez de recibir una dote de la familia de la novia, paga al padre de ésta de 2 y  $\frac{1}{2}$  á 5 kilogramos de polvo de oro, sin contar los presentes en telas y en ron. De esta costumbre sólo está exento el caudillo que gobierna el territorio, el cual tiene el derecho de pedir la hija de cualquiera sin verificar el pago acostumbrado, de la misma manera que las hijas del caudillo pueden elegir cualquier hombre, quien por este simple hecho pasa á ser de labrador caudillo. A la demanda de novia suelen acompañar algunas circunstancias realmente bellas, apareciendo claramente el lazo familiar en la costumbre seguida, por ejemplo entre los madís, entre los cuales la hija hace su confidencia á la madre y ésta, á su vez, al padre, el cual fija el precio, y los dos novios obedecen incondicionalmente la resolución adoptada, sea favorable, sea adversa. Las ceremonias de la boda, cuando las hay, son de

un carácter casi profano, reduciéndose á matar bueyes, á cantar y á bailar. En las tribus en que dominan buenas costumbres, la novia no abandona, en todo este tiempo, la cabaña que su padre ha construido para ella, sino que se sienta en medio de sus nuevos suegros y cuñadas, las cuales le ensalzan los encantos de la vida matrimonial. Puede comer allí la comida de boda, pero sin ser vista. Entre algunas tribus, sin embargo, la ceremonia de la boda ha sido bastardeada. Cameron describe del modo siguiente una de esas ceremonias celebrada en el reino de Kasango: primero, comenzó el novio bailando solo por espacio de media hora, y cuando hubo terminado, la novia — muchacha de nueve á diez años — con toda la pompa posible fué conducida en hombros de una mujer al lugar de la danza, mientras otra mujer la aguantaba por detrás. Llegadas al centro del corro, dejaron que la novia se bamboleara con fuerza hacia arriba y hacia abajo, en cuya operación el tronco y los brazos involuntariamente se meneaban de un lado á otro. La novia dió su pedacito de hoja de tabaco y unas perlas, que con los ojos cerrados arrojó entre los que bailaban, y éstos se lanzaron codiciosos sobre aquellos objetos que traían buena suerte. Después, la novia danzó con el novio por espacio de diez minutos haciendo los gestos más indecentes, tras lo cual él la cogió á ella, la tomó en brazos y desaparecieron en su cabaña. Las danzas, los gritos y los golpes de tambor duraron toda la noche. La poligamia es usual en todos aquellos que cuentan con medios suficientes para permitirse el lujo de tener varias mujeres.

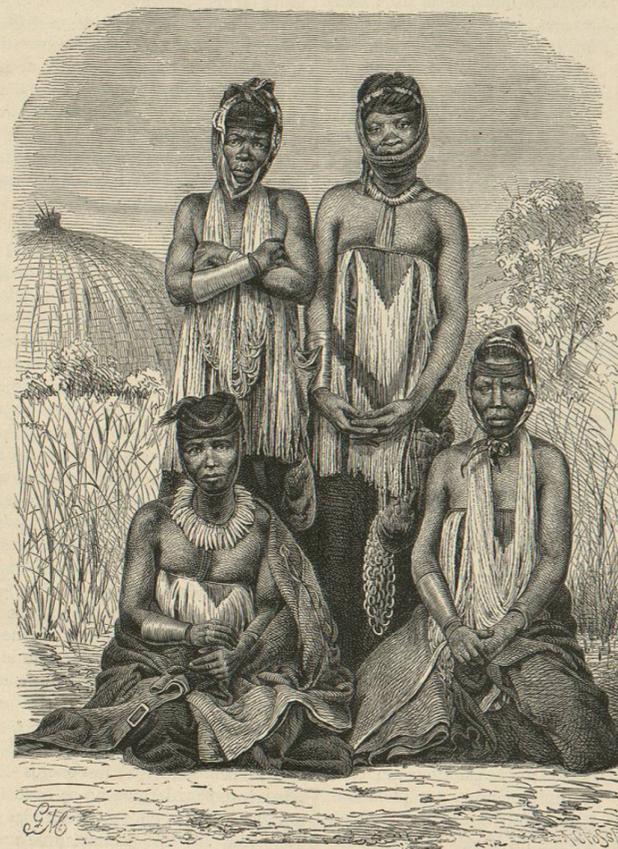
La disolución del matrimonio no sólo está dificultada por el carácter mercantil que constituye el lazo conyugal, sino que, aun prescindiendo de este punto de vista, entra en el círculo de los preceptos jurídicos. En las tribus que llevan una vida tranquila y sencilla rara vez se disuelven los matrimonios, y el adulterio no es en ellas tan frecuente como en aquellas que han reunido capital suficiente para poseer muchas esclavas y que han estado en íntimo contacto con los árabes y con los europeos. Pero aun en éstas, el matrimonio no se disuelve sin formalidad alguna, como algunos observadores superficiales han creído: en las tan desmoralizadas tribus de la Costa de Oro, únicamente las princesas tienen el privilegio de poderse separar de sus maridos sin acudir á un tribunal; el pueblo, por el contrario, tiene que comparecer ante los caudillos, quienes resuelven el caso: si éstos conceden á la mujer la separación, la familia de ésta conserva el precio de compra, y los caudillos regalan, además, á aquélla un pedazo de arcilla blanca, con la cual marca los árboles de la calle principal para indicar que ya no es mujer casada. Si el divorcio es concedido al marido, la familia de la mujer debe devolver la suma recibida. Una interesante prueba del progreso de las innovaciones en este terreno introducidas, nos la ofrece Broyon al describirnos á los



Un palo sonajero, de Gabón (*Christy Collection*, en Londres.)

uniamwesis. Los árabes, dice, por motivos de egoísmo, habían primero introducido la ley de que toda mujer que rompiese algo que les perteneciera, se hacía esclava suya. Este precepto lo han hecho redundar las mujeres de los negros en ventaja propia, pues para librarse del marido que las maltrata, rompen un plato ó algún otro objeto de escaso valor de propiedad del caudillo, con lo cual se convierten en esclavas de éste y no pueden ser devueltas á sus esposos sin consentimiento de aquél.

La distribución del trabajo entre el hombre y la mujer no es, entre los negros, ni más ni menos que la que á nuestros sentimientos naturales corresponde: al varón le incumben los trabajos que requieren fuerza; á la hembra los que exigen perseverancia y habilidad: aquél lleva el ganado al campo, busca las reses que se han extraviado, las protege contra los animales carnívoros, escarba los pozos para las mismas, y saca el agua de las profundidades: la mujer, en tanto, vigila á los niños, cultiva el campo junto con sus hijos peque-



Mujeres del rey gaika Sandili (según G. Fritsch)

ños, vela por las terneras y por los corderos del rebaño, construye y conserva, con ayuda del marido, la casa que, por regla general, es de fácil construcción; se procura madera combustible y agua para la familia, y cuando, por la noche, el hombre regresa con el ganado, ordeña la vaca y prepara la comida. Que los dos sexos se ayuden, en casos de necesidad, en sus respectivos trabajos, especialmente entre la gente pobre, es cosa muy natural, como también lo es que, en presencia de un extranjero, le moleste al hombre desempeñar trabajos mujeriegos, razón por la cual un observador superficial cree que la mujer ha de trabajar con exceso. Uno de los trabajos que entre los negros, como entre nosotros, incumbe á la mujer es, por ejemplo, el de conducir á los niños: en las aldeas, apenas se ve un hombre que los lleve, pero en los viajes carga con ellos. En la casa, tiene naturalmente á priori el hombre la soberanía y no hay cuidado de que nadie intervenga cuando él cree con-

veniente sacudirle á su mujer; pero allí, como en todas partes, tiene ésta á su lado á todos los fisgones cuando con las uñas y con los dientes hace retroceder á su marido. Hablando de los hereros, afirma Buttner expresamente «que, dado que éstos son poco aficionados, por lo general, á pasar á vías de hecho, prefiriendo, siempre que pueden, las luchas de palabra, las mujeres tienen la natural ventaja de poseer en su afilada é infatigable lengua un arma más poderosa. Cuando se conocen á fondo las relaciones de familia, se observa que allí como en todas partes hay maridos calzonazos, siéndolo más aquellos que de puertas á fuera tienen más empeño en aparentar que son señores en su casa. Las mujeres tienen siempre algo importante que decirse sobre cualquier cuestión, sea ó no insignificante.»

En la condición de los hijos encuentra su más marcada expresión el sistema patriarcal que concede el primer puesto al hijo primogénito ó, en defecto de éste, al hijo que, á